

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE BUTARQUE- 2005

Junto con toda la Iglesia, en esta solemnidad de la Asunción de la Virgen María, nos unimos hoy a su canto de alabanza : “ Proclama mi alma la grandeza del Señor y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador porque ha mirado la humillación de su sierva”. En el misterio de la Asunción aparece el significado pleno y definitivo de las palabras que ella misma pronunció respondiendo al saludo de su prima Isabel: “El Poderoso ha hecho obras grandes en mi”.

El pueblo de Leganés alaba hoy especialmente a María en su advocación de Ntr. Sra .de Butarque, tan vinculada a su propia historia, la invoca como madre muy querida, y pone ante ellas sus alegrías, sus esperanzas.

Gracias a la victoria de su hijo Jesucristo, muerto y resucitado, sobre el pecado y la muerte, la Virgen María, unida profundamente al misterio del Hijo de Dios, acogió de una manera plena la salvación. Correspondió totalmente con su “sí” a la voluntad divina, participó y sigue participando íntimamente en la misión de Cristo y fue la primera en entrar después de Él en la gloria, en cuerpo y alma, en la integridad de su ser humano.

El “sí” de María es alegría para cuantos estaban en las tinieblas y en las sombras de la muerte. A través de ella vino al mundo el Señor de la vida. Los creyentes nos sentimos gozosos y la veneramos como Madre de los hijos redimidos por Cristo. Y, hoy en particular, en esta solemnidad de la Asunción de María, la reconocemos como signo de consuelo y esperanza; y como primicia de la Iglesia que un día será glorificada.

Acabamos de escuchar las palabras del Apóstol Pablo a los Romanos. “Cristo, resucitó de entre los muertos, el primero de todos. Si por un hombre vino la muerte, por un hombre ha venido la resurrección. Si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida”(Rom.15,20). El misterio de la redención consiste en sacar al hombre del dominio de las tinieblas del pecado y devolverle al reino de la vida haciéndole partícipe de la resurrección del Señor. Por la muerte y la resurrección del Señor tenemos la posibilidad, por el don del Espíritu Santo, de salir de todo

aquello que nos hace infelices por culpa del pecado: del egoísmo que nos aísla de los hermanos y hace insoportable toda convivencia, de la mentira que ensucia nuestra relación con los demás, crea desconfianzas y corrompe la vida pública y de la desesperanza que nos hace incapaces de afrontar con decisión las responsabilidades de cada día.

Por la muerte y la resurrección del Señor, salimos de todo eso y entramos en el reino de la luz y de la vida. Por la Pascua del Señor somos criaturas nuevas y nos hacemos capaces de amar hasta dar la vida y nuestra palabra se hace veraz y fiable despertando en todos la confianza y así todo nuestro ser se llena de esperanza y se hace capaz de transmitir esperanza.

La Virgen María, como nueva Eva, primicia de la nueva creación alcanzada por Cristo, encarna esa vida trasfigurada. Mirando a María descubrimos lo que el ser humano está llamado a ser en Cristo Jesús. Descubrimos nuestra vocación de servicio a los hermanos, entendemos los valores que dignifican al hombre, luchamos contra toda injusticia, hacemos nuestra la causa de los más desvalidos, recuperamos la libertad y afrontamos el futuro con esperanza. En la Virgen María descubrimos la verdadera sabiduría: la sabiduría de los sencillos. “Te doy gracias Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla”. María pertenece a ese mundo de los sencillos y nos invita a seguirla para que también nosotros formemos parte de ese mundo de los humildes y el Señor nos revele el conocimiento del amor infinito de Dios Padre. “Nadie conoce al Hijo mas que el Padre y nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.”

La Virgen, Nuestra Señora, conoce, como ningún otro ser humano ese amor infinito del Padre. Lo conoce por revelación de su Hijo. Y Ella nos anima, en este momento, a entregarnos su Hijo sin reservas, para ser también nosotros conocedores del amor del Padre e instrumentos en nuestro mundo de su misericordia. El Señor nos invita a ser portadores de los valores del Reino de Dios, especialmente de aquellos que hoy se ven más amenazados y a ser signo profético, valiente y comprometido, sin demagogias interesadas, en la defensa de la dignidad de la persona humana.

Nuestro mundo está hambriento de esos valores. Los valores del “Reino de la verdad y de la vida, de la santidad y de la gracia, de la justicia, del amor y de la paz” (Prefacio de Cristo Rey). Hoy hay mucha gente decepcionada de las promesas incumplidas de aquellos “sabios y entendidos”, que promueven un mundo de bienestar, vacío de Dios, y

edificado sobre el individualismo egoísta y el placer a cualquier precio. Hoy hay mucha gente de buena voluntad que, impresionada, sin duda, por el impacto universal que suscitó la figura de Juan Pablo II, defensor indiscutible de la paz y de los derechos humanos, mira a la Iglesia, sin prejuicios, buscando en ella una voz libre, una palabra de esperanza y un camino que conduzca al bien verdadero de la persona y haga a los hombres más felices

Los que por la misericordia de Dios hemos conocido la dignidad del hombre, revelada en Cristo, y hemos visto sus frutos, nos sentimos ahora en el deber de hacer partícipes a todos de este gran don. Y aunque nos ataquen por todas partes, tergiversando muchas veces el mensaje evangélico, “hemos de obedecer a Dios antes que a los hombres” y hemos de proponer continuamente, a la luz del evangelio, un modo de vivir que dignifique al hombre y que humanice las relaciones sociales promoviendo una convivencia, basada en la verdad y en el respeto a todos y que construya una paz en la que no haya ni vencedores ni vencidos.

Pero de una manera muy especial hemos de pedir, con la intercesión de la Virgen María, en el día de su fiesta, la gracia del Espíritu Santo, que nos llene de sabiduría y fortaleza, para promover con claridad aquellos valores, con grandes repercusiones en la legislación y en la vida pública, que hoy, de una manera manifiesta y, en muchos casos cínica, están siendo vulnerados bajo la apariencia del bien y del progreso. Me refiero al valor de la vida humana, al valor de la familia y al valor de la libertad:

* Desde el conocimiento que la luz del Verbo encarnado nos ofrece para descubrir la dignidad de la persona humana, defenderemos siempre, digan lo que digan las leyes, el valor de la vida humana desde el momento mismo en que esa vida humana comienza. Una vez iniciado el maravilloso proceso de la vida humana, ese proceso es sagrado, porque en ese proceso ya hay una persona humana, cuya vida ha de ser protegida hasta su desarrollo último, hasta su último suspiro y su muerte natural, que hemos de cuidar con todo esmero para que esté rodeada del mayor cariño y respeto.

* Y siempre defenderemos el valor de la familia como santuario de la vida y esperanza de la sociedad, en la que fruto del amor estable y fecundo de un hombre y de una mujer, el ser humano nace a la existencia y encuentra en el amor de su padre y de su madre, el calor, la acogida, el sustento, la ternura y todo lo necesario para crecer como persona y desarrollar armónicamente todas sus capacidades. Llamar matrimonio a

otras formas de convivencia no hace sino desnaturalizar la esencia misma del matrimonio y de la familia y abrir una puerta a las confusiones en el desarrollo afectivo y sexual de niños y adolescentes, de consecuencias incalculables. Cuando en la educación, en las escuelas y en los libros de texto entre la idea de que es igualmente natural, y en nada se distinguen, el matrimonio entre un hombre y una mujer y el matrimonio entre dos personas del mismo sexo, e incluso se obligue a los maestros a defender estas ideas, bajo la amenaza de ser expedientados, estaremos abocando a muchos niños y niñas perfectamente normales a vivir equivocadamente su sexualidad y haciéndoles posiblemente unos desgraciados para toda su vida. Los padres, las madres, los educadores y especialmente todos aquellos a los que se nos ha confiado una responsabilidad pública, tenemos en este tema una gravísima responsabilidad y no podemos callarnos.

* Y en tercer lugar siempre defenderemos el valor de la libertad. Pero de la libertad en su sentido más genuino y auténtico, que es el de la libertad para el bien. Es decir, la libertad que se fundamenta en la verdad y en la responsabilidad y sea esa cualidad de la persona que le capacita para organizar su vida moral y orientarla hacia su propia perfección y felicidad. Y entre las distintas formas de ejercicio de esa libertad, hoy se ve especialmente amenazada la libertad de educación. Y más en concreto la libertad de los padres para elegir, en igualdad de condiciones, aquellos centros educativos, cuyo ideario sea más conforme con sus propias convicciones; y en cualquier caso, para que, en todos los centros, esté garantizado el derecho de los padres a educar a sus hijos según su convicciones, teniendo la posibilidad de pedir para ellos la clase de religión en las mismas condiciones y con el mismo reconocimiento que cualquier otra asignatura.

No son tiempos fáciles, pero sí puede ser tiempos muy propicios para fortalecer nuestra fe, para vivir con mayor intensidad nuestro amor y pertenencia a la Iglesia y para alimentar con la Palabra de Dios y con los sacramentos nuestra vida cristiana. Así se lo pedimos a nuestra Madre, la Virgen María, en el día de su fiesta. Que ella interceda por nosotros para que siguiendo a su Hijo sin titubeos, y enriquecidos con los dones del Espíritu, ofrezcamos al mundo los frutos de la redención, la vida nueva en Cristo y la esperanza que no defrauda. AMEN